

SERIE  
PENDERGAST

# PRESTON & CHILD

VERSOS PARA  
UN MUERTO

Tras los últimos cambios en la oficina del FBI en Nueva York, Pendergast se ve obligado a aceptar una condición inconcebible para conservar su empleo: el ferozmente independiente agente especial deberá ahora trabajar con un compañero.

Pendergast y su nuevo colega, el agente Coldmoon, son destinados a Miami Beach, donde una serie de homicidios cometidos por un sanguinario psicópata presenta un desconcertante *modus operandi*: el asesino les arranca el corazón a sus víctimas y lo abandona —junto con unas misteriosas cartas manuscritas— sobre distintas lápidas de cementerios locales.

Las tumbas están conectadas solo por una extraña circunstancia: todas pertenecen a mujeres que se suicidaron. Sin embargo, la aparente falta de relación entre los antiguos suicidios y los nuevos asesinatos pronto es la menor de las preocupaciones de Pendergast.

Porque, a medida que profundiza, el agente descubre que los crímenes pueden ser la punta del iceberg... y que se encuentra frente a una conspiración letal cuyos orígenes se remontan a décadas atrás.

## Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

*Lincoln Child dedica este libro  
a su hija, Veronica*

*Douglas Preston dedica este libro  
a Gussie y Joe Stanislav*

## 1

Isabella Guerrero, conocida entre sus amigos y compañeros del club de bridge como Iris, caminaba entre las palmeras del cementerio de Bayside. Sobre ella se extendía un cielo infinito de un tono azul claro. Eran las siete y media de la mañana, la temperatura rondaba los veinticinco grados y el rocío que seguía aferrado al grueso césped de San Agustín le empapaba las sandalias de cuero. Con una de sus regordetas manos sostenía un bolso Fendi, y con la otra, la correa de la que Twinkle, su pequinés, tiraba infructuosamente. Iris sorteó las tumbas y los cóleos con mucho cuidado al recordar que solo tres semanas atrás Grace Manizetti se había roto la pelvis cuando volvía de comprar en Publix.

Hacía media hora que el cementerio había abierto e Iris lo tenía para ella sola. Le gustaba que fuera así. Cada año Miami Beach parecía más abarrotada. Ella se había criado en Queens Boulevard, pero incluso en Bal Harbour, situada en el extremo norte de la isla, el tráfico era peor que en la congestionada Nueva York de su niñez. Aquel espantoso centro comercial que habían construido años atrás al norte de la Noventa y seis no había hecho más que empeorar las cosas. Y no solo eso, sino que había empezado a llegar un elemento indeseable desde el sur, con sus tiendas de productos hispanos y sus nombres en español. Por fortuna, Francis tuvo el acierto de comprar el edificio de apartamentos de Grande Palms Atlantic, justo delante de la playa de Surfside y a salvo de intrusiones.

Francis. Iris ya podía ver su tumba. La lápida estaba un tanto descolorida por el sol de Florida, pero la parcela se veía limpia y pulcra; ella misma se había encargado de que fuera así. Consciente de que se acercaban a su destino, Twinkle había dejado de tirar de la correa.

Iris tenía mucho que agradecerle a Francis. Desde que se lo arrebataron hacía tres años, su gratitud hacia él no había hecho más que aumentar. Fue Francis quien, con buen criterio, decidió trasladar el negocio de carnicería que tenía su padre en Nueva York a la costa de Florida cuando aquella zona de la avenida Collins aún era tranquila y barata. Fue Francis quien levantó con esmero el negocio a lo largo de los años y le enseñó a utilizar las balanzas y la caja registradora, y a conocer los nombres y las cualidades de los diversos cortes. También fue Francis quien se dio cuenta de que 2007 era el momento adecuado para vender el negocio, justo antes de la caída del sector inmobiliario. Los ingentes beneficios que obtuvieron no solo les permitieron comprar el edificio de Grande Palms, cuyo precio se desplomó al año siguiente, sino que les garantizaban muchos años de cómoda jubilación. ¿Quién iba a imaginar que se lo llevaría tan pronto un cáncer de páncreas?

Iris ya había llegado a la tumba y se detuvo un momento a contemplar el paisaje que rodeaba el cementerio. A pesar de las aglomeraciones de gente y vehículos, a su manera seguía siendo una vista sosegada: Kane Concourse elevándose sobre Harbor Islands hacia tierra firme y los veleros que navegaban cual triángulos blancos rumbo a Biscayne Bay. Y todo ello salpicado de tropicales tonos pastel. El cementerio era un remanso de paz, sobre todo por la mañana; Iris sabía que, incluso en marzo, la cúspide de la temporada turística, podía pasar un rato pensando frente a la tumba de su difunto marido.

El pequeño jarrón con flores artificiales que había colocado junto a la lápida estaba un poco torcido, sin duda por culpa de la tormenta tropical que había azotado la zona

dos días antes. Le dolieron las articulaciones al arrodillarse sobre la tumba. Luego enderezó el jarrón y sacó un pañuelo del bolso para limpiar las flores. Notó que Twinkle estaba tirando otra vez de la correa, esta vez con más fuerza.

—¡Twinkle! —exclamó—. ¡No!

Francis odiaba el nombre de Twinkle, la forma abreviada de Twinkle Toes, y siempre lo llamaba Tyler por la calle en la que se había criado. Pero Iris prefería Twinkle, y no creía que a Francis le importara ahora que se había ido.

Iris hundió el jarrón en la tierra para que quedara bien sujeto, aplanó la hierba a su alrededor y se irguió para admirar su obra. Vio movimiento con el rabillo del ojo; el encargado de mantenimiento, tal vez, u otro doliente que se disponía a presentar sus respetos a los muertos. Ya eran casi las ocho y, al fin y al cabo, el cementerio de Bayside era el único que había en la isla; no podía esperar tenerlo todo para ella. Diría una oración, la que siempre rezaba con Francis antes de acostarse, y después volvería a Grande Palms. La junta se reunía a las diez, y tenía cosas muy tajantes que decir sobre el estado de las plantas que había a la entrada del edificio.

Twinkle seguía tirando con fuerza de la correa y había empezado a ladrar. Iris lo regañó de nuevo. Los pequinenses se portaban relativamente bien y su perro no solía hacer esas cosas, salvo cuando el terrible gato ruso del 7B lo sacaba de quicio. Cuando se puso en pie, preparando mentalmente la oración, Twinkle aprovechó para salir corriendo. Iris sintió que la correa se le deslizaba por la muñeca. El perro cruzó el césped húmedo a toda velocidad, arrastrando la correa y ladrando.

—¡Twinkle! —gritó Iris—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

El perro se detuvo en seco frente a una lápida de la hilería adyacente. A pesar de la distancia, Iris vio que la piedra era más antigua que la de Francis, pero no demasiado. En la base había esparcidas unas cuantas flores frescas y lo que parecía una nota manuscrita. Pero no fue aquello lo

que le llamó la atención; en la mitad de las tumbas de Bayside había flores y notas, además de recuerdos preciados de toda índole. No, fue el propio Twinkle. Al parecer, había encontrado algo al lado de la lápida y estaba muy excitado. Iris no veía de qué se trataba, ya que el perro lo tapaba con su cuerpo, pero no dejaba de olisquear y lamer con afán.

—¡Twinkle!

Aquello era indecoroso. Lo último que quería Iris era montar una escena en aquel lugar de descanso. ¿Habría encontrado un viejo juguete para perros? ¿Una golosina que se le había caído a un niño?

La oración tendría que esperar hasta que pudiera recuperar la correa del perro.

Iris se guardó el pañuelo en el bolsillo y fue hacia Twinkle, pero, al acercarse, regañándolo y chasqueando la lengua, el perro cogió su flamante premio y echó a correr. Con una mezcla de consternación y rubor, Iris lo vio desaparecer entre unas palmeras.

Suspiró irritada. Francis no habría aprobado aquello; él siempre decía que los perros debían estar bien disciplinados. «Chucho peludo», habría dicho. Twinkle recibiría un castigo aquella noche: no habría galletas con su comida.

Murmurando para sus adentros, Iris siguió la trayectoria del perro, se detuvo al llegar a la arboleda y miró a su alrededor. No lo veía por ningún sitio. Abrió la boca para llamarlo, pero se lo pensó mejor. No debía olvidar que estaba en un cementerio; bastante tenía con perseguir a un perro que se había escapado. Además, confirmó que el movimiento que había visto antes era un grupo de tres personas, dos chicas y un hombre de mediana edad que formaban un semicírculo alrededor de una tumba situada a su izquierda. Montar una escena era inapropiado.

Justo entonces vio un movimiento fugaz. Era Twinkle, que escarbaba frenético en un lecho de azucenas unos veinte metros más adelante, cerca del tramo de cementerio

más próximo al mar. La tierra volaba en todas las direcciones.

Aquello era terrible. Iris agarró el bolso y echó a andar lo más rápido que pudo. El perro estaba tan ensimismado cavando que no se percató de que su dueña se había situado detrás de él. Cogió la correa y tiró de ella. Sorprendido, Twinkle dio media voltereta, pero, aunque Iris lo arrastraba por el collar, se negaba a soltar su premio.

—¡Perro malo! —gritó tan alto como se atrevió—. ¡Perro malo!

Intentó coger lo que había encontrado Twinkle para tirarlo, pero el perro se zafó. El objeto parecía del tamaño de una pelota de fútbol en miniatura, pero tenía tanta tierra y baba de perro que Iris no podía distinguir lo que era.

—¡Suéltalo! ¿Me oyes?

Twinkle gruñó cuando Iris intentó arrebatárselo, pero esta vez consiguió agarrar un extremo. Sabía que no la mordería. Solo tenía que arrancárselo de las fauces. Pero el premio estaba repugnantemente resbaladizo y Twinkle se aferraba a él con tenacidad. Ambos forcejearon, Iris tirando hacia ella, el perro resistiéndose y hundiendo las pezuñas en la hierba. Volvió la cabeza con aprensión, pero el grupo que se encontraba en la otra tumba no se había dado cuenta de nada.

El terrible tira y afloja duró casi treinta segundos, pero aquello era demasiado grande para que el perro lo mordiera con firmeza e Iris consiguió quitárselo de un tirón. Cuando se incorporó, asegurándose de que tenía bien sujetos el bolso y la correa, vio que se trataba de un trozo de carne. Durante el forcejeo había goteado un líquido pegajoso y rojizo que le manchó las manos y el morro de Twinkle. Se fijó en que aquel trozo de carne era bastante inusual, duro y correoso. Asqueada, su primer instinto fue soltarlo, pero el pequinés habría vuelto a cogerlo.

Mientras el perro ladraba y saltaba, intentando recuperar su hallazgo, Iris metió la mano en el bolso, sacó el pa-

ñuelo y empezó a limpiar el objeto. ¿Qué hacía aquello encima de una tumba?

Cuando limpió un lado distinguió un cilindro corto y grueso de color carmesí que parecía el extremo de un tubo de radiador. De repente, el terror la paralizó. Había estado casada con un carnicero el tiempo suficiente como para saber qué tenía en la mano. Aquello debía de ser un sueño, una pesadilla. No podía ser real.

La sensación de irrealidad duró solo una fracción de segundo. Con un grito de repugnancia, lo soltó como si quemara. Al instante, el perro lo cogió con las fauces ensangrentadas y volvió a escapar con aire triunfal, la correa alejándose detrás de él. Pero Iris no se dio cuenta. Notaba un extraño rugido en los oídos y, de repente, la inundó una sensación de calor. Manchas negras bailaban alrededor de los ojos. El rugido se volvió más y más intenso. Lo último que vio antes de desmayarse y caer al suelo fue el grupo que rodeaba la otra tumba corriendo hacia ella.

## 2

El director adjunto Walter Pickett, ataviado únicamente con una toalla húmeda alrededor de la cintura, se relajaba en una sauna con paredes de cedro. Era una sala grande, con dos hileras de bancos, y en ese momento solo había otro hombre, un joven alto y con constitución de nadador, sentado cerca de la puerta. Pickett se había situado junto al cucharón de agua que servía para regular el calor y la humedad de la sauna. Le gustaba controlar cualquier situación en la que se hallara.

A su lado tenía una hoja de papel protegida con una funda de plástico transparente.

Miró el termómetro colgado en la pared. Parte de la esfera estaba empañada, pero marcaba unos agradables setenta y tres grados.

La sauna era un habitáculo contiguo al vestuario de hombres y las duchas, y estaba situada en las profundidades del edificio de Apoyo Auxiliar Federal de la calle Worth. Apoyo Auxiliar no solo contenía varias oficinas satélite, sino una galería de tiro y otros servicios como pistas de squash, una piscina y, por supuesto, aquella sauna. Además, estaba a la vuelta de la esquina de su oficina en el 26 de Federal Plaza y a años luz de las espartanas instalaciones del FBI en Denver, donde hasta hacía tres meses había sido el agente especial al mando.

Pickett había ascendido con rapidez desde su salida de la academia y se había hecho un nombre en los departamentos de contraespionaje y organizaciones delictivas,

además de en la Oficina de Responsabilidad Profesional. Nunca había perdido de vista su objetivo: ser jefe de operaciones en Nueva York. Era uno de los verdaderos cargos de relevancia en el FBI y el trampolín lógico para llegar a Washington. En ese momento todo dependía de que actuara con mano dura y obtuviera buenos resultados en casos importantes. Pickett no dudaba de su propia capacidad para conseguir ambas cosas.

Apoyó la espalda en la pared y pegó los hombros desnudos a la madera caliente. La sensación de los poros abriéndose con la humedad le resultaba agradable. Entornó los ojos mientras pensaba. Pickett confiaba por completo en sus aptitudes, y con frecuencia eludía aquello que había hecho descarrilar a otros agentes con talento. No era un fanfarrón, un arribista declarado ni un déspota.

Uno de sus puestos más preciados fue en Interrogatorios a Detenidos de Alto Valor, donde pasó varios años muy instructivos después de la academia. Aquello, junto con su paso por la ORP, le había conferido un grado de perspicacia psicológica poco frecuente en un supervisor del FBI. Desde entonces, daba buen uso a todo lo que había aprendido acerca de la conducta humana y la naturaleza de la persuasión.

Cuando tomó las riendas de la oficina regional de Nueva York la encontró sumida en el caos. Cundía el desánimo y los índices de resolución de casos estaban por debajo de la media. Había un exceso de chupatintas, problema que resolvió por medio de una serie de traslados y jubilaciones anticipadas. No era un microgestor por naturaleza, pero se tomó su tiempo para estudiar cada departamento, encontrar a los individuos más adecuados y confiarles puestos de mayor responsabilidad, aunque eso significara situarlos por encima de otros compañeros que llevaban más tiempo allí.

Convertir la oficina en una auténtica meritocracia había solventado el problema del desánimo. Aun habiendo pasado por la ORP —como en todos los cuerpos policiales, los

agentes del FBI desconfiaban de las personas que habían trabajado en Asuntos Internos—, se había ganado el respeto y la lealtad de sus subordinados. Y ahora, la oficina de Nueva York se había convertido en una máquina bien engrasada que funcionaba a toda potencia. Incluso el índice de resolución de casos empezaba a mejorar. Había logrado darle la vuelta a la situación, y todo en poco tiempo. Era un trabajo bien hecho, pero se cuidaba de mostrar el menor indicio de autocomplacencia.

A pesar de todo esto, quedaba un problema por abordar. Era un escabroso asunto personal que había heredado de su predecesor y que decidió dejar para el final.

A lo largo de los años, Pickett había tratado con agentes problemáticos. Por experiencia, eran gente solitaria, antisocial o resentida que había llegado al FBI con un gran bagaje personal. Si suponían un lastre, no dudaba en mandarlos al infierno. Al fin y al cabo, en Nebraska también necesitaban agentes de campo. Si parecían prometedores o atesoraban una hoja de servicios impresionante, era una cuestión de reacondicionamiento. Los sacaba de su zona de confort, lanzándolos a un entorno inesperado o encargándoles una tarea que desconocieran por completo. Se aseguraba de que fueran conscientes de que tenían un potente foco apuntando sobre ellos. La técnica había sido eficaz en interrogatorios e investigaciones por mala praxis, y también había servido para traer a agentes díscolos de vuelta a la familia del FBI.

A juzgar por el historial de ese agente en concreto, no podía ser más rebelde. Pero Pickett había repasado minuciosamente los expedientes de su personal, al menos las secciones no clasificadas, y trazado un plan de acción concebido para acometer el problema.

Miró el reloj y vio que era la una en punto. Justo en ese momento se abrió la puerta y entró un hombre. Pickett lo observó con ensayado desinterés, aunque tuvo que contenerse para no mirarlo de nuevo. El hombre era alto y delga-